
Antonio Gámiz ()*

Recordando los orígenes de Agricultura y Sociedad

Puedo asegurarles, queridos amigos lectores de *Agricultura y Sociedad*, que al solicitarme la actual dirección de la revista unas líneas rememorando los orígenes de su edición, tras un primer sentimiento de gratificación por el encargo, me ha enfrentado a una situación nueva para mí: escribir sobre acontecimientos en los que tuve una participación activa y comprometida, aun tratándose, en este caso, de uno de transcendencia social tan limitada como el nacimiento de una nueva revista.

La primera consideración, es la que se deduce de la evidencia del tiempo pasado, aunque resulte una fruslería para el letrista del tango; muy al contrario, advierto el riesgo de deslizarme en la contemplación como mejor, de cualquier tiempo pasado.

La segunda, me lleva a la reflexión de la difícil objetividad en el relato de un hecho en el que estuve tan directamente comprometido. Esta dificultad sin embargo es superable –la primera no, desafortunadamente– por la tajante vía de la renuncia. Quede el problema de la objetividad para los historiadores y analistas de contenido que, en su caso, se interesen por la revista. A cambio de la renuncia a esa difícil objetividad, cuenten los ya avisados lectores con la mejor «autenticidad» en el recuerdo y, por supuesto, la exigible honestidad en mis reflexiones.

(*) Director de *Agricultura y Sociedad* (1976-1982).

Yendo de lo general a lo particular, y sin alinearme con ningún determinismo mostrenco, me parece en primer término que la revista, como estricto producto cultural y aunque dimane de una decisión administrativa, es hija de una sociedad en intenso proceso de cambio y se ve favorecida en su despegue de las excepcionales circunstancias que concurren en esos años. Aun llena de temores, la sociedad española en su conjunto rechaza el viejo molde dictatorial y corporativista pugnando en mil frentes por alumbrar un nuevo régimen de libertades. Es el primer Gobierno de la Unión de Centro Democrático; la negociación entre las fuerzas políticas –gobierno y oposición– se advierte como una necesidad ineluctable, y valores como la permisividad y la tolerancia se cotizan al alza. Sin que ello permita suponer ausencia de conflictos, me parece evidente que el clima sociopolítico hace posible la aparición de una revista como *Agricultura y Sociedad* en esas fechas; en todo caso, tengo para mí, que tal iniciativa hubiera sido impensable apenas un par de años antes. Recuerdo bien, el estupor de la «progresia» que acudió a la presentación del primer número de la revista en la Librería Mundi-Prensa, escuchando con sorpresa la orientación que se propugnaba para la misma, o citar los nombres de Julio Caro Baroja, Víctor Pérez Díaz o José Luis Ugarte como colaboradores del segundo número.

También, se me antoja hoy, la producción intelectual sobre la agricultura y el mundo rural se encontraba menos constreñida de lo que hoy se halla. La integración en la Europa comunitaria era, ciertamente, el horizonte natural de la agricultura española; pero la Política Agrícola Común no era percibida en esas fechas como un esquema cerrado y obligado. Muy al contrario, las propias críticas internas a su eficacia y virtualidad –recuérdense los entonces recientes análisis de Sizzo Mansholt y las directivas socioestructurales aprobadas en 1972– alentaban la búsqueda de nuevos enfoques y soluciones para la agricultura europea.

La agricultura y el mundo rural español vivían la segunda gran oleada migratoria del campo a la ciudad, expresión de la fuerte crisis de la explotación agraria familiar y extraordinario factor de cambio. Habían aparecido los primeros análisis sobre el desarrollo del capitalismo en la agricultura española y la crisis de las formas tradicionales de explotación agraria; se multiplicaban los estudios de las formas específicas que dichas crisis adoptaba en las agriculturas de las distintas regiones, sur-

gían los primeros trabajos sobre las interrelaciones de los distintos sectores en la esfera agroalimentaria, etc. *Agricultura y Sociedad*, por su propia configuración, era el lugar idóneo para la publicación de este tipo de trabajos.

En un segundo renglón de las circunstancias institucionales que favorecieron la aparición de la revista, no quiero dejar de citar la renovación en profundidad que se produjo en el Servicio de Publicaciones del Ministerio de Agricultura. Pese a su menor rango de importancia, no fue ésta una circunstancia baladí. Limitado hasta 1977 a la publicación de información estadística agraria y de los informes generales sobre la situación del sector, el Servicio de Publicaciones a partir de esa fecha se compromete en un ambicioso proyecto editorial: se publican tres nuevas colecciones de libros, las series «Estudios» —de carácter socioeconómico— «Técnica» y «Recursos Naturales» de preocupación medioambiental; se aborda la publicación de los más interesantes textos clásicos sobre la agricultura, etc. *Agricultura y Sociedad*, nace pues incardinada en este proyecto global, bien es verdad que privilegiada en la atención de todos.

En un segundo orden de cuestiones —más garbancera si se quiere, pero no menos importante en su momento— se beneficia *Agricultura y Sociedad* del esfuerzo colectivo del Servicio de Publicaciones, sin cuyo concurso no hubiera sido posible. El programa editorial descrito inmediatamente antes, se lleva a efecto sin que el Servicio reciba dotación presupuestaria distinta de la ordinaria; más aún, la revista nace con la condición de que su edición se autofinancie con las suscripciones. Ello supone necesariamente su tirada en el reducido taller de imprenta del Servicio, de suerte que los únicos costes adicionales en que se incurra para su edición sean los del coste del papel, el abono de las colaboraciones y la encuadernación. El resultado es ese carácter artesanal de la revista, claramente deducible en la gama de verdes de los primeros números, cuya constancia tantas pruebas, problemas e incluso noches de trabajo, —algo insólito en la Administración—, supuso para los trabajadores del taller.

Por último, es obligado un recuerdo de las personas que intervinieron en la puesta en marcha de la revista. Surge la idea primera de Luis Gámir, Secretario General Técnico del Ministerio, unidad a la que se en-

contraba adscrito el entonces organismo autónomo Servicio de Publicaciones, en un Ministerio que contó en aquellas fechas con uno de los mejores equipos técnicos, a mi juicio, en su dirección: con Fernando Abril como titular y Jaime Lamo de Espinosa en la Subsecretaría.

Siendo Luis Gámiz técnico comercial del Estado, no extrañará a los lectores que el encargo inicial fuera el proyectar una revista análoga a la prestigiosa Información Comercial Española, editada entonces por el Ministerio de Comercio. Apenas unas horas de conversación con Vicente Saval, director de ICE en aquellas fechas, bastó para abandonar tal idea; la dependencia financiera de la revista de los ingresos por publicidad —mayoritariamente insertadas por las empresas públicas—, y la imposibilidad de percibir tales ingresos por un organismo autónomo de carácter administrativo, lo descartaban.

Abandonado ese proyecto inicial, la configuración de la revista quedaba abierta en su formulación a la propia creatividad de lo que luego sería un equipo de dirección. En ese punto es imprescindible mencionar a José Antonio Gómez Marín, hombre culto, de muy sólida y completa formación humanística y con amplia experiencia en el mundo de la comunicación. Su aportación en la definición y desarrollo de *Agricultura y Sociedad* fue decisiva; su responsabilidad en la extraordinaria calidad de la sección de Documentación, prácticamente exclusiva. La experiencia de trabajo en común durante esos años, ha sido una de las más satisfactorias de mi vida profesional, y origen de una profunda y larga amistad, de la que me precio.

En nuestro concepto, la revista debía abordar en toda su complejidad el estudio de la multiplicidad de relaciones entre el mundo agrario/rural y el conjunto de la sociedad de la que aquél forma parte indisoluble. De ahí el ambicioso título de resonancias weberianas y, también, la primera y fundamental característica de la revista: su inevitable carácter «pluridisciplinar». Sólo a través de la aportación plural, desde el conjunto de las ciencias sociales, se nos antojaba posible la comprensión del objeto de estudio. Se rompía así una suerte de reduccionismo implícito en el Ministerio, por el que la realidad de la agricultura había de ser explicada en exclusiva por la economía agraria, acompañada a lo sumo por los estudios sociológicos. Historiadores, geógrafos, antropólogos, etc., eran convocados a ofrecer sus particulares enfoques que ayudaran a comprender esa realidad.

Aun cuando se nos antoja hoy, debiera ser una condición de innecesaria exigencia, (no lo era tanto en aquellas fechas y editada por la Administración), la revista se planteaba –y así se recoge expresamente en su presentación– abierta ideológicamente y rigurosamente independiente. No se trataba sólo de rechazar cualquier tentación de portavocía de la línea oficial, sino de expresar su vocación de acogida de cualquier análisis científico sin perjuicio de cuál fuese su escuela e incluso su presupuesto ideológico. Para el anecdotario curioso, y en honor a la verdad, debo añadir que esa característica de independencia fue siempre respetada –en el período de seis años que duró mi responsabilidad en la dirección de la revista– por el equipo directivo del Ministerio; en tan sólo una ocasión, se plantearon dificultades a la publicación de un trabajo, y ello más por mi insuficiencia negociadora que por razones sustantivas.

Por último, la revista se proponía en su línea editorial el dar a conocer a sus lectores los análisis más interesantes y novedosos del pensamiento europeo sobre la materia. La publicación por primera vez en España de los trabajos de Galewski y Shanin, del grupo de Grenoble (Mounier, Mollard, Bye), o de los italianos Fanfani, Benvenuti, Gorgoni, etc., o la atención a los nuevos análisis tales como el ecodesarrollo o la bioenergética, son muestras expresivas de este propósito.

Terminaré recordando que, para el diseño de la revista se contó con la colaboración excepcional de Alberto Corazón, quien realizó una auténtica investigación de un alfabeto tradicional para dar tipografía al título de la revista y recopiló una colección iconográfica extraordinariamente sugestiva que singularizó la contraportada de cada número. La elección de un tipo grueso y la amplitud de márgenes que facilitará al lector la lectura y la anotación marginal, respondían al deseo de editar una revista cuidada y de cómoda lectura, cuyo formato se ha mantenido hasta hoy.

En la primera reunión de su Consejo de Redacción, para cuya constitución se contó con la extraordinaria colaboración de un excelente conjunto de científicos y especialistas en ciencias sociales, Enrique Fuentes Quintana –con sabio escepticismo– comentó que no debía darse carta de naturaleza a una revista hasta que no cumpliera diez años. *Agricultura y Sociedad* ya acreditó, con sus veinte años de existencia, tal derecho. Yo le deseo otros tantos más, para satisfacción de quienes se interesan por la agricultura y sus hombres.